

## Huellas del salto a la frontera

«La alternativa a saltar la verja de Melilla es la muerte»  
Ballo, 25 años, de Malí.

Creamos límites buscando diferenciarnos los unos de los otros. Aceptamos que somos diferentes pero nos obstinamos en agrandar descaradamente algunas diferencias con fronteras que se convierten en el último obstáculo para elegir o no la muerte. La frontera no podemos anularla como si fuera un “no lugar”, constituye un espacio violento de relaciones humanas que marca nuestros límites del miedo a lo imprevisible que pueda suscitar la presencia del Otro en nuestro territorio. Forma parte ineludible de la identidad de nuestro territorio y del límite que imponemos a nuestros conocidos extranjeros atemorizados por lo imprevisible, pues, como nos recuerda Z. Bauman, los que denominados extranjeros lo son porque les conocemos su motivación y sus ansias de integrarse en nuestras deseables comunidades, no constituyen algo indiferente a nuestras emociones en nuestros paseos por la ciudad, los tememos hasta el punto de que los muros no solo son físicamente infranqueables, también nuestras mentes. La dimensión simbólica de la frontera opera para darle sentido a la experiencia en nuestras vidas de lo propio y lo ajeno.

Pero crecen las grietas en los muros y límites de los territorios, grietas heredadas del hierro retorcido por manos y brazos agrietados, a su vez, con sus huellas y cicatrices de heridas, que no asumimos por considerarlos cuerpos desechables. El muro que pretenden superar es una expresión bruta de perversión de la frontera. La frontera, sus muros, su verja, se transmuta en monumento atroz a la piel del migrante, marcando una estúpida diferencia irreconciliable con el otro. Esta serie de fotografías, que nos sugiere acompañar con nuestro propio movimiento de un extremo a otro, sea cual sea la dirección que elijamos, revelan los detalles del paisaje de lo humanamente infranqueable y el linde de lo moralmente admisible. Cuando somos nosotros los turistas, y franqueamos sin trabas las fronteras, establecemos superficiales relaciones fragmentarias con alguna de las gentes que encontramos en nuestra ruta. Ello nos impide pensar, junto a otros miedos, que en el salto tumultuoso de los otros en las verjas de nuestras fronteras, van jalonándose fragmentos de su piel y de sus vidas, de su identidad como seres humanos, con la incertidumbre y la esperanza de si podrán reintegrarlas algún día entre otras culturas y otros ciudadanos, además de sobrevivir.

La temperatura que Luis Marino otorga a sus imágenes no es solo un amable y delicado recurso estético, su homogeneidad provoca que nuestras miradas oscilen entre las escenas oníricas que nos abruman en duermevela y la huella de la sangre turbia de las grietas en la piel de los cuerpos ajados por los hierros retorcidos de las verjas y las cuchillas de la vergüenza silenciada. Nos impele con estas artesanales fotografías, una secuencia pautada de su visión de tal suerte que nos suscita en nuestra mente la recreación factible de un *timelapse* particular. Los brazos, las manos, los trozos de cuerpos quebrándose en su escalada casi infinita, no impiden imaginarnos las expresiones de las caras jadeantes de quienes intentan sortear a la muerte. Sus huellas van diseñando un puzzle corporal de la insensatez.

Frente a quienes optan por la guerra o los muros contra los otros, los filósofos del diálogo, como Lévinas, enunciaban que no sólo debemos dialogar cara a cara con el Otro, también debemos responsabilizarnos por él. Y en este mundo globalizado donde la interacción, el intercambio, la solidaridad y reciprocidad debieran constituir la esencia de nuestro mestizaje vital ineludible, no cesa de asombrarnos la insensibilidad que acontece en la noticia mediática cotidiana sobre estos seres que luchan por una supervivencia a veces

insondable.

Estas imágenes de Luis Marino, cuasi veladas, nos provocan con acertada sutileza una atención diversa: Es el relato de una piel del Otro que nunca vamos a sentir con tacto, que está atravesada por el dolor del reto de su esperanza. Pero podrían ser nuestros propios cuerpos, los de nuestros hijos, o de muchos otros seres cuya existencia la sociedad mediática convierte obstinadamente en un frívolo espectáculo de lo presuntamente inevitable. Un boceto imaginario de nuestro pensamiento que evita asumir las causas, que nos elude reconocer nuestra silenciosa autoría pasiva del desastre, al transformarlo en algo confuso, inabarcable, oscuro, poco claro. Frente a ello, tal y como expresó Albert Camus “Si el mundo fuese claro, el arte no existiría”.

**Gabriel Navarro**

**[www.gabrielnavarro.es](http://www.gabrielnavarro.es)**